

grado en el mismo nivel de realidad que lo profano, aunque ambos expresen diferentes especies de esa misma realidad; en segundo lugar, la posición mediadora de lo «sagrado» real con respecto a lo divino; y en tercer lugar, el descubrimiento del espacio propio del «sacrificio ritual» en lo sagrado, y de su función, la mediación, que salva la heterogeneidad existente entre lo profano y lo divino. Creemos que es suficiente con que atendamos con detenimiento a las dos citas siguientes de María Zambrano, para la confirmación de estas tres conclusiones que, según entendemos, señalan el carácter propio y la función de la noción de «sacrificio» en su pensamiento:

Lo sagrado y lo profano —distingue María Zambrano— son las dos especies de realidad: una es la incierta, contradictoria, múltiple realidad inmediata con la cual la vida humana tiene que «habérselas», el lugar de su lucha y de su dominio, al par. El orbe sagrado es donde se decidirá esta lucha. Y así, la realidad toda, «las circunstancias» en su totalidad, se configuran en un centro y en un periferia. El centro es el lugar de lo sagrado, que se ilumina por el sacrificio. El sacrificio es el acto o la serie de actos que hacen surgir este instante en que lo divino se hace presente; es la llamada, diríamos la coacción, dirigida sobre esa realidad escondida para que aparezca.<sup>8</sup>

Podemos entender, a partir de aquí, la noción de «sacrificio» en María Zambrano, como el acto, significativo, que tiene lugar en ese orden de la realidad que denominamos «sagrado», y por medio del cual viene suscitada la manifestación, revelación, de lo divino, que, iluminando, esto es, ordenando y unificando, aquel espacio de lo «sagrado» al cual «viene», entra en relación con lo «profano» o circunstancial de la realidad: son el yo y sus circunstancias transfigurados. Un pensamiento mediador, entonces, una razón creadora es aquella que se propone convertir, en la «unidad» del ser, la «otredad» o multiplicidad de la vida; aquella razón que descubre y realiza, en virtud de su acto específicamente sacrificial, el ideal de lo divino: que la vida llegue a ser.

## II: Entre la vida y el ser

Desde el origen religioso de la noción de «sacrificio», y en el horizonte que nos señala, podemos entender el doble sentido que su categoría representa. La categoría de «sacrificio» en el pensamiento de María Zambrano representa, conectados, una verdad y un valor. Diríamos algo así como que estas dos formas, en principio heterogéneas —«valor» y «verdad»—, se conforman mediante aquella forma tercera que las sintetiza y define, sin anularlas: el «sacrificio».

La «verdad» del sacrificio procede de su ser inevitable, es la necesidad con que se impone y la que, por lo mismo, nos revela: la necesidad del ser; su «valor» es aquel que la vida misma le confiere y a la cual es devuelto en la forma de una libertad conquistada. «Pues se trata —nos dice María Zambrano— de encontrar el punto de contacto entre la vida y la verdad. Y ese punto de contacto se encuentra por una operación de la misma vida, algo que tiene lugar dentro de ella. La vida tiene que transformarse,

<sup>8</sup> El hombre y lo divino, *Fondo de Cultura Económica, México 1973, p. 31-36.*

abriéndose a la verdad aunque solamente sea para sostenerla, para aceptarla antes de su conocimiento; conocimiento, por otra parte, imposible en su totalidad»<sup>9</sup>.

Para María Zambrano, el «sacrificio» está regido por un principio, único y total, que es el amor. El amor que procede, al unísono, de la vida y del ser y que clama por su unidad originaria; es el amor que mueve al sacrificio, al tiempo que lo traspassa: «El amor exige hacer del propio ser una ofrenda, eso que es tan difícil de nombrar hoy: un sacrificio»<sup>10</sup>. Amor y sacrificio son dos categorías complementarias, las categorías fundamentales de la «razón mediadora»; cada una es función de la otra, y las dos lo son de su unidad: el alma. Amor y sacrificio son las categorías adecuadas al alma, el método necesario para su realizarse y reconocerse; por ellas, el alma se constituye en su propia condición, trascendente: verdad de la vida, vida del ser, vínculo que consolida su pura e inagotable trascendencia.

El amor que mueve al sacrificio, el amor que se ofrenda —sacrificio él mismo—, encuentra en la «piedad» su realización eminente. En la piedad se consume el amor; ella es el amor consumido y consumado por el sacrificio. Recordemos a Antígona, en las palabras de María Zambrano: «Nacida para el amor he sido devorada por la piedad»<sup>11</sup>. Lo que «amor» y «sacrificio» reunidos conquistan para el alma es la piedad, el amor sacrificial o el sacrificio enamorado. La esencia del alma —es la «profunda claridad» que creemos adivinar en el pensamiento de María Zambrano— es la piedad; el alma, por naturaleza, es piadosa, es decir, dada a la trascendencia. Pues la piedad es también, para María Zambrano, una forma —primigenia— del conocimiento; conocimiento que es, antes que un enunciado, una actitud, acción, «trato con lo otro», inmediatez y verificación de lo divino.<sup>11 bis</sup>

Sólo a través del amor y del sacrificio, en el ser recíproco que les corresponde (cada uno en función del otro y ambos, a la vez, de su unidad) podremos ir adentrándonos en el justo saber acerca del alma y de su piadosa condición. Entre el ser y la vida rige el principio del amor: «El amor establece la cadena, la ley de la necesidad y la libertad. Y el amor también da la noción primera de libertad. Necesidad-libertad son categorías supremas del vivir humano. El amor será mediador entre ellas. El amor es siempre trascendente»<sup>12</sup>. Si el amor nos descubre el principio del ser —la necesidad— y el principio de la vida —la libertad—, cabría preguntarnos de nuevo con María Zambrano «si el amor procede del ser o de la vida. Mas preguntar no se puede —nos adelanta ella— cuando se siente y se sabe que el amor procede al par del ser y de la vida, y los une en nupcias múltiples. Que el amor es nupcial siempre que por él el ser viviente se encamine...»<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> «La Confesión como Género Literario y como Método, I». *Rev. Luminar*, v. 5, n. 3, México 1941, pp. 304-305.

<sup>10</sup> Dos fragmentos sobre el amor, *Málaga* 1982, p. 31.

<sup>11</sup> La tumba de Antígona. *Rev. Litoral* 121-123, t. 1, Málaga 1983.

<sup>11 bis</sup> Sobre el concepto de «piedad» en María Zambrano, se puede consultar el apartado que, con este título, aparece en *El hombre y lo divino*, op. cit.

<sup>12</sup> *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 57.

<sup>13</sup> *Claros del bosque*, Ed. Seix Barral, Barcelona 1977, p. 156.

Son estas nupcias del ser con la vida las que este amor, que es ofrenda, persigue. Mas no siempre el ser y la vida aparecen dispuestos para unas nupcias tales. Más bien, al contrario, raras son las ocasiones en que aquel dichoso acontecimiento se nos muestra en su esplendor. Porque cabe en el ser del hombre la posibilidad de la soberbia, y caben en la vida, por esos «medios-seres» que contiene, la rebeldía, la resistencia a la luz, el corazón que se desgarrar y se derrama hacia infernales cavidades. Es la angustia, el trágico suceso del alma humana: «Sobreviene la angustia cuando se pierde el centro. Ser y vida se separan. La vida es privada del ser y el ser, inmovilizado, yace sin vida»<sup>14</sup>. Esta angustia que nos describe María Zambrano es la realidad en un momento sagrado. Con la angustia se descubre la amenaza del hundimiento, la separación definitiva e irreversible, algo así como aquella amenaza que sentían los pueblos primitivos —y que todavía hoy nos persigue— de una violencia desatada y desatando y sin límites. La angustia, decía Heidegger, sucede en la vida como una «imposibilidad esencial de ser determinado»<sup>15</sup>; para el ser, es la revelación de la nada, «del ser total que se nos escapa».

Reaccionar frente a la angustia, nos advierte María Zambrano en la amorosa «guía» que nos ofrece desde los *Claros del bosque*, es el propio infierno, la agonía unamuniana. Se requiere un saber de quietud, un saber padecer, la aceptación del proceso sacrificial como vía purificativa, necesaria, para dar alcance, atravesando cierta luz, a aquel estado unitivo, la caza amorosa, de la que ahora nos vemos privados; porque «sacrificio es la consunción de la vida en una acción del ser; la vida arrojada en pasto a la trascendencia; la vida y el ser recibidos...»<sup>16</sup>. Aquella es la quietud que confiere al centro su propia movilidad, el estado de nuestras facultades recogidas y en ofrenda, la única vía posible, pues contiene en sí misma todas las vías, para alcanzar el «sentir iluminante», como ha denominado María Zambrano (y tantos otros místicos de nuestra tradición), un «espacio vital» que es silencio y vacío: recuperación del centro desde la quietud. Y es que «el centro —nos explica María Zambrano— no está inmóvil sino quieto. Y lo que le rodea comienza a entrar en quietud. Se ha cumplido una transformación decisiva. Se inicia una «Vita nova»<sup>17</sup>.

Y fue necesaria esta mutua conversión entre la vida y el ser: «La verdad —para María Zambrano—, o tiene que tomar la vida ya dispuesta a aceptarla, abriéndole sitio, o tiene que hacer una cierta acción sobre ella. Porque toda vida es ante todo dispersión y confusión, y ante la verdad pura se siente humillada. Y toda verdad pura, racional y universal tiene que encantar a la vida en la única forma de encanto propio de la verdad. Tiene que enamorarla. La vida rebelde y confusa —continúa María Zambrano en su explicación del conflicto— ha pasado por la época del hechizo, pero al hechizo y para derrocarlo, tiene que suceder el enamoramiento, que es también encanto, pero algo más: sometimiento a un orden y algo más todavía: ser vencido sin rencor»<sup>18</sup>.

En aquel «punto privilegiado» que es el centro, todo lo que andaba disperso, es decir, la vida en función de su circunstancialidad, y no tanto del ser que le es propio,

<sup>14</sup> *Claros del bosque*, op. cit., p. 57.

<sup>15</sup> Cit. por José Bergamín. *El pozo de la angustia*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1985, p. 25-26.

<sup>16</sup> *El sueño creador*. En *Obras Reunidas*. Ed. Aguilar, Madrid, 1971, p. 65.

<sup>17</sup> *Claros del bosque*, op. cit., p. 59.

<sup>18</sup> «*La Confesión...*», op. cit., p. 294.

viene a ser recogido y transformado. En este proceso de unificación —«inteligencia y corazón unidos forman ese ser que late»—, es el doble principio del sacrificio por el amor el que rige la mediación, principio que la piedad unifica en la «compasión»: presencia y ofrenda. Pues la piedad despierta en la vida el amor a su verdad, su vocación; y por este amor, la vida se vacía de sus pasiones —aquí está el sacrificio—, se ofrece como cáliz que recoge, purifica y salva en el dolor. Y es la misma y única piedad la que hace al ser volverse hacia la vida y, en verdad enamorado, vaciarse de su propio «sí mismo», de su «ego» y su soberbia —aquí está el sacrificio—, dejando ya de ocultarse a la vida enamorada. Ya no hay más ser sin vida, ni más vida que no sea; ya no hay más pasión sin conocimiento, ni más conocimiento impasible; es la pura compasión que apiada y unifica al ser viviente. Y todo lo que anduvo perdido fue hallado, la vida perdidiza fue ganada.

Y lo que adviene sobre este estado unitivo en el ser viviente es el nacimiento de la conciencia, la persona alumbrada: «La conciencia que se origina de la consumación de la tragedia —nos dice María Zambrano— no se descubre en un acto de pensamiento, es una conciencia nacida, como nacido es todo lo que del sacrificio viene»<sup>19</sup>. Es la conciencia, que libera a la persona de sus personajes, al «sueño creador» de los «sueños de la psique» y sus calumnias; es la conciencia, el nacimiento definitivo, muerte y resurrección verificadas, la vida misma en estado de ser, o el camino del ser ofrecido a la vida; es la conciencia, el propio destino revelado al alma, y aceptado por ella con el «fiat mihi» de la libertad.

Y por la conciencia asistimos a la epifanía de la palabra. La palabra creadora, que es conciencia donde el alma renace y se reconoce en pura presencia; liberada de los espejismos de la «representación», ya no perdida y confusa en el deslizarse por las múltiples imágenes que de sí misma le inventaban las cosas; ya no sometida a la tiranía de los conceptos abstractos e impíos, incapaces de ofrecerle la verdad viviente que sólo procede de esta palabra que es conciencia. Es la palabra que sostiene y que salva, el verbo al fin encarnado en ella; es ella, su inmaculada concepción, la palabra que ofrece al alma el vuelo: «De condición alada y dada a partir, se conduce como una paloma», oímos decir a nuestra dulce María Zambrano.

### III: Poética y sacrificio

La categoría de «sacrificio», según hemos intentado explicar, contiene, a la vez y en unidad indisoluble, un principio de «razón pura» —la necesidad— y un principio de «razón práctica» —la libertad—, una verdad y un valor; implica, por tanto, al pensamiento racional y a la acción vital. Desde la *Crítica del Juicio* de Kant, el ideal estético nos viene definido por esta síntesis entre la «facultad de conocer» —que nos orienta hacia el ser— y la «facultad de desear» —que lo hace en orden a la vida. El «juicio estético», y la belleza como representación, permite, o pretende al menos, que realicemos la asociación de la vida con el ser, según una «finalidad», que tendríamos que llamar «destino», en el que aquella se descubre, se recoge y unifica: «El gusto —estético, en

<sup>19</sup> La tumba de Antígona, op. cit., p. 40.